 Tiempo de lectura: 9 min.

El discernimiento vocacional de Juan Bosco, atraído inicialmente por la vida religiosa franciscana como camino de perfección y de lucha interior, no estuvo claro desde el principio. Entre sueños, incertidumbres y falta de guías estables, madura en él el deseo de consagrarse totalmente a Dios. Tras un primer intento de ingresar entre los franciscanos, un sueño y sobre todo la intervención decisiva de don José Cafasso lo orientan hacia el seminario. El ingreso en el estado clerical marca para él un «despojamiento» y un «revestimiento» espiritual. En el seminario se distingue por su piedad, equilibrio y caridad, hasta la confirmación definitiva de que su misión no será el claustro, sino el apostolado educativo entre los jóvenes.

Porque, como todos, le costó encontrar su verdadero camino.

Porque este joven «soñador» [Juan Bosco] es un positivo y si a los ojos de su corazón resplandece un ideal divino, el Espíritu Santo no le ha abierto todavía el camino de su concreta realización; solo le ha puesto en el corazón un ardiente deseo de ir más allá del deber y entrar, con un sacrificio más grande y más perfecto, en el camino de los consejos evangélicos.

Probablemente su amigo, el padre Jacinto, quiso respetar la invitación hecha antes por otros, porque Juan «en Chieri había frecuentado el convento de los franciscanos y algunos de aquellos padres, conocidas sus raras cualidades, le habían invitado a entrar en su orden» y por eso el dominico, aun manteniendo y conservando una amistad que el Beato apreció siempre altamente, se borra completamente.

Permanece en el espíritu de Juan el choque, casi inevitable, entre el ideal visto y gustado, y los medios a juzgar en conformidad con él y a ordenar para la realización del programa divino. Y esta es una página de angustia en la que Juan refleja toda la sabiduría de su corazón: «El sueño de Morialdo» (en el que había visto que continuaría estudiando y que se convertiría en sacerdote educador de la juventud),

«estaba siempre impreso en mí; es más, se había renovado otras veces de manera muy clara, por lo que, queriendo darle crédito, debía elegir el estado eclesiástico, hacia el que precisamente me sentía inclinado, pero no quería creer en los sueños y mi manera de vivir y la falta absoluta de las virtudes necesarias para este estado hacían dudosa y muy difícil esa deliberación. ¡Oh, si entonces hubiera tenido un guía que se hubiera ocupado de mi vocación, habría sido para mí un gran tesoro, pero este tesoro me faltaba!». (Don José Calosso había muerto el 21 de noviembre de 1830; el padre Jacinto Giusiana no parece haber notado este aspecto del corazón de su amigo, conocido en la «escuela» como un excelente «alumno»; el confesor, por su parte, no se preocupaba de ello). «Tenía un excelente confesor que se preocupaba de hacerme buen cristiano, pero de la vocación nunca quiso mezclarse.

Aconsejándome conmigo mismo, después de haber leído algún libro que trataba de la elección de estado, me decidí a entrar en la orden franciscana. — Si me quedo como clérigo en el siglo, me decía a mí mismo, mi vocación corre gran peligro de naufragar.

Abrazaré el estado eclesiástico, renunciaré al mundo, iré a un claustro, me dedicaré al estudio, a la meditación y así, en la soledad, podré combatir las pasiones, especialmente la soberbia, que, en mi corazón, había echado profundas raíces».

Nosotros ya conocemos la sabia respuesta de Mamá Margarita cuando, a pesar de las observaciones del párroco de Castelnuovo, ella, con perfecta abnegación, mostró, claramente, que lo sacrificaba todo al beneplácito de Dios; pero en lo que quizás no se ha pensado todavía, es en el modo con el que Juan pretende realizar lo que él conoce como voluntad de Dios y el modo diferente con el que el Espíritu Santo acaba por realizar el mismo deseo de mayor perfección, para su fin sobrenatural: aquel es cristianamente humano; este es espiritualmente divino.

El modo de Juan es unir, en un estado de perfección ya aprobado —la orden religiosa de los franciscanos— el oficio sacerdotal y el deseo de realizar la perfección de la caridad en la perfección del sacrificio; al año siguiente «acercándose la fiesta de Pascua que en este año 1834 caía el 30 de marzo» hizo «solicitud para ser aceptado entre los Reformados». Fue… «al convento de Santa María de los Ángeles en Turín», se sometió «al examen», fue «aceptado a mediados de abril y todo estaba preparado para entrar en el convento de la Paz en Chieri».

El modo del Espíritu Santo es actuar de manera diferente, y Juan es advertido en un sueño, «un sueño de los más extraños»: «Me pareció ver, dice él, una multitud de aquellos religiosos con los hábitos raídos y corriendo en sentido opuesto uno a otro. Uno de ellos vino a decirme: — Tú buscas la paz y aquí no la encontrarás. Mira la actitud de tus hermanos. Otro lugar, otra mies Dios te prepara».

Es esta una dolorosa manifestación, irradiada por una luz consoladora, solo en las últimas palabras... El Beato corre a su director para concluir positivamente algo, pero este «no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes: — En este asunto, respondió, es necesario que cada uno siga sus propias inclinaciones y no los consejos de otros».

La señal del camino

Juan se recoge; un alma simple y buena, «Evasio Savio, herrero» de Castelnuovo «que desde hacía mucho tiempo amaba a Juan» después de haberle dado el testimonio afectuoso de su corazón, invitándolo a comer, «parece que lo exhortó a pedir consejo a don José Cafasso, el santo sacerdote de Turín».

Y este «hombre de Dios» fue muy preciso; lo disuadió de unirse a los franciscanos, diciéndole: «Siga adelante tranquilamente con sus estudios; Entre en el seminario; Y secunde lo que la *Divina Providencia* le está preparando».

La Divina Providencia es el tercer factor que actúa en la historia, el que no solo permite comprender mejor la *concatenación* de los hechos y el intrincado *trabajo de la libertad* humana, sino que cuando la mente se eleva a la consideración de esta causa suprema, adquiere la inteligencia también de lo que escapa a la razón humana; la vida se vuelve sabiamente ordenada, según el programa divino, que el régimen providencial realiza en la historia.

Juan reencontró así su aspiración interior en una determinación exterior muy precisa y tuvo confirmación de ello con una advertencia celestial que le ordenaba ponerse a la cabeza de un grupo de niños y hacerse su «guía».

Pero no está dicho que una palabra externa, aunque sabia, se convierta inmediatamente en regla de vida, *sin un verdadero y propio despojamiento del propio modo de ver.*

«Al final de aquel último año de bachillerato (1834-1835), Juan estuvo nuevamente en apuros por su vocación. Aterrado por los peligros que se encuentran en el mundo, estaba nuevamente dudoso sobre la elección del seminario o del claustro, y después de muchas reflexiones se decidía a entrar en la benemérita orden de los franciscanos, *convencido de que ello no habría podido impedir el desarrollo de los destinos que Dios le había fijado*».

Esta nueva reanudación no encontró a Juan solo. El amigo Comollo —santa alma de joven estudiante— lo asiste, invitándolo a rezar a la Virgen Madre, sede de la sabiduría, y mientras él mismo escribe a su tío, párroco de Cinzano, reza fervorosamente.

Don Comollo expresa en la carta de respuesta los mismos sentimientos de don Cafasso: entrar en el seminario «esperando a decidirse por una orden religiosa a una edad más madura». También el párroco de Castelnuovo, don Michele Antonio Cinzano, que tanto amaba a aquel santo joven, había dado el mismo consejo.

La sabia sugerencia

Juan, aunque permaneciendo internamente decidido a abrazar el estado de perfección de la vida religiosa, en el momento en que el Señor le abriera el camino, entra en el seminario; el 25 de octubre de 1835 «en la iglesia parroquial de Castelnuovo, antes de la misa solemne», es revestido con el hábito clerical.

Esta ceremonia externa marca una etapa característica en la vida espiritual del Beato, porque si Juan, siguiendo la «sabia sugerencia» de sus consejeros, se deja guiar por el Espíritu Santo por el camino que lo conducirá al sacerdocio, al dar el primer paso siente todo el significado del *despojamiento externo que simboliza el interno*, y siente también todo el significado del *revestimiento externo, que simboliza el interno*.

«Cuando el párroco me ordenó quitarme las ropas seglares, con aquellas palabras: *El Señor te despoje del hombre viejo con todos sus actos*, dije en mi corazón: —¡Oh, cuánta ropa vieja hay que quitar! Dios mío, destruye en mí todos mis malos hábitos», expresando con esta oración, el deseo de una total purificación del espíritu.

«Cuando luego, al darme el collarín, añadió: *El Señor te revista del hombre nuevo que según Dios ha sido creado en la justicia y en la santidad de la verdad*, me sentí *muy conmovido* y añadí para mis adentros: — Sí, oh Dios mío, haz que en este momento yo vista un hombre nuevo, es decir, que desde este momento *yo comience una vida nueva, toda según los divinos quereres*, y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis obras. Así sea. ¡Oh María, sé mi salvación!».

¡Despojamiento del hombre viejo! Si es fácil quitarse un vestido usado y ponerse uno nuevo, la cosa no es tan sencilla cuando se trata de la vida espiritual, porque la purificación total de la mente y del corazón, de las facultades superiores y de las inferiores, a través de lo que san Juan de la Cruz ha llamado la «noche de los sentidos» y la «noche del espíritu», es muy dolorosa.

Tendremos ocasión de estudiar este gradual perfeccionamiento de la caridad del Beato, examinando la acción de otros dones del Espíritu Santo en él, pero no podemos omitir algunos testimonios de su profesor de teología, monseñor Giovanni Battista Appendini, y de sus compañeros de seminario.

El primero notaba que «el clérigo Bosco, por piedad y por estudio, hizo muchos progresos en el seminario, sin tener las apariencias de ello, a causa de aquella bonhomía suya que fue luego el carácter de toda su vida».

«Don Giacomelli atestiguaba: Desde los primeros días que lo conocí en el Seminario, lo consideré como si ya fuera sacerdote por su sensatez y morigeración».

«El doctor Carlo Allora: — En el seminario daba ejemplos preclaros de piedad y de obediencia. Tanta era la estima que de él tenían los clérigos, que lo consideraban más que compañero, superior. Nosotros, desde aquellos tiempos, lo teníamos por santo —».

«Don Grassini, párroco de Scalenghe: — Don Bosco era pacificador entre compañeros y compañeros —».

«Muchos otros» daban testimonio de su amabilidad y de su santidad: «Este nuestro amable compañero en el seminario era tenido en gran estima, por santidad de vida».

¡Revestimiento del hombre nuevo! Sin duda la infusión de la gracia, de las virtudes teologales, de los dones del Espíritu Santo, de las otras virtudes que perfeccionan nuestro organismo es una primera habilitación para obrar bien; pero es también necesario que el hombre coopere con esfuerzo sostenido, para que los gérmenes no permanezcan estériles, las buenas cualidades produzcan buenas acciones, y la vida sea plasmada según el divino Modelo, toda ordenada en Dios. Nuestro espíritu, cada vez más perfectamente desbastado y purificado, pierde su dureza y adquiere una gran sensibilidad sobrenatural que lo hace flexible e interiormente siempre dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo.

Y no carece, quizás, de profundo significado aquella palabra dicha por el clérigo Juan Bosco, en su segundo año de seminario, cuando, para distinguirse de un compañero que llevaba su mismo nombre y que había elegido para sí el apodo de Bosco *d' puciu (madera de níspero, muy dura*) él añadía, con fino sentido: «Y yo me llamo Bosco *d'sales*, oponiendo voluntariamente a la dureza y rigidez de la madera de níspero la flexibilidad y la sinuosidad del sauce».

Quedaba, sin embargo, siempre una decisión suya personal, último residuo de su modo de entender la llamada del Señor: la de su definitivo estado de vida. La última reanudación se produce en 1844, nueve años después de la obediencia de 1835, cuando él, ya sacerdote, ha iniciado su apostolado juvenil, y está a punto de terminar el tercer año de preparación pastoral, en el convictorio eclesiástico de Turín.

Solo que en aquella última reanudación de la nostalgia claustral, tiene a su lado a un santo: don José Cafasso, el cual ya le había declarado expresamente la voluntad del Señor, dejándole sin embargo una posibilidad de elección ulterior.

Ahora, en cambio, ¡el no! es «seco y resuelto». Ni franciscano, ni oblato de María, ni f1uera de Italia, como misionero, ni fuera de Turín, como coadjutor o párroco.

«Mi querido don Bosco, abandone toda idea de vocación religiosa, vaya a deshacer el baúl, si es que lo ha preparado, y continúe su obra en favor de los jóvenes. ¡Esta es la voluntad de Dios y no otra!».

Ceslao PERA, Los dones del Espíritu Santo en el alma del beato Juan Bosco, pág. 61